



Luis Franco: Su Voz sobre lo Femenino.

Autores: *Fernández de Vega, Silvia Lucía; Bulla, María del Valle.*

Dirección: slucia@arnet.com.ar — guribulla@arnet.com.ar

Bernardino Orellana 569. 4700 - Catamarca (Argentina). Tel.: (03833)441423.

Pedro de Maidana 1549. 4700 – Catamarca (Argentina). Tel.: (03833)43077.

Depto. de Inglés, Facultad de Humanidades - Universidad Nacional de Catamarca.

Av. Belgrano 300. C.P.: 4700. Catamarca, Argentina.

No existe duda alguna que la diferencia entre lo masculino y lo femenino posee considerable importancia en las sociedades humanas. También parece como incuestionable que cuando se habla de lo femenino y de lo masculino se trasciende lo biológico para referirse a la conducta apropiada del hombre y de la mujer, conducta que además difiere en forma pronunciada de sociedad en sociedad. También es indudable y observable, que aún donde existen expectativas sociales explícitas y marcadas, se dan ciertas variaciones en el comportamiento de los hombres y mujeres. De esta forma vemos que el género es una creación social. En su proceso de construcción el poder de la palabra es preponderante. En efecto, el lenguaje construye el medio primario que organiza nuestras vidas. Por lo tanto crea y reproduce mitos tales como Mujer=Madre, amor romántico y pasividad erótica femenina.

Ana María Fernández en *La mujer de la ilusión* (1994: 22), se pregunta “¿Qué es la Mujer?” a lo que responde

“La mujer es una ilusión. Una invención social compartida y recreada por hombres y mujeres. Una imagen producto del entrecruzamiento de diversos mitos del imaginario social, desde el cual hombres y mujeres –en cada período histórico– intentan dar sentido a sus prácticas y discursos.”

La misma autora (1993:22) sostiene que lo femenino estuvo vinculado, desde larga data, con una condición de inferioridad, vinculación sostenida a través de los mitos sociales. Según Giraud (1973:91-4), los mitos son “representaciones del

mundo” que a través de “la experiencia poética profunda –con frecuencia inconsciente e inefable– se expresa en el manejo de códigos culturales (y de variantes individuales) que son sistemas de signos estructurados...”. Y como establece Northrop Frye (Giraud 1973:98) estos “conjuntos contienen muchas asociaciones enseñadas o adquiridas y que son fácilmente comunicables por el hecho de ser familiares a todos los que participan de una cultura común”. En efecto, los mitos sociales reorganizan todos los aspectos de la vida. Son los organizadores de sentido de lo público y de lo privado. Así, la sociedad construye soportes que se basan en sistemas de significación los cuales hacen posible la producción de consensos que permiten el disciplinamiento y el policiamiento de sus miembros (Fernández 1993:22). De esta forma con la aparición del capitalismo y la consolidación de la familia burguesa surgen tres mitos fundamentales: Madre=mujer, el amor romántico y la pasividad erótica femenina sostenidos por el discurso económico, el médico y el religioso. Estos se consolidan durante el siglo XIX y determinan los estereotipos femeninos creando a la Mujer e invisibilizando a las mujeres. Desde una posición hegemónica y corporativa, los grupos de poder –instituciones sociales y religiosas– crean estos sistemas. Y en estos sistemas, concretizados por los mitos, sostenidos por hombres y mujeres, y que aún hoy están vigentes, lo femenino estuvo vinculado desde larga data con una condición de inferioridad.

En el contexto socio-cultural de una Catamarca tradicional de mediados de siglo XX, las instituciones sociales y religiosas sostienen y legitiman la diferencia de género. Dentro de este marco, la obra del autor catamarqueño Luis Franco contribuye a instaurar un discurso disruptivo en un contexto tradicional de manera tal que construye un imaginario femenino no acorde con las expectativas estereotipadas del canon. El propósito de este trabajo es rastrear en *La hembra humana* (LHH) del autor catamarqueño los sistemas de poder –instituciones sociales y religiosas– desde donde se promueven estereotipos femeninos que sustentan la hegemonía del hombre. A tal fin nos abocaremos a presentar el tratamiento que Franco realiza de las instituciones sociales y religiosas cuyos mecanismos y sistemas de perpetuación del vasallaje femenino desgrana y ataca para luego concluir en su visión de lo femenino que postula la igualdad desde la diferencia ya en la década de los 60.

Luis Franco nació, en 1898 en el pueblo de Belén, pueblo enclavado en la precordillera de los Andes en el oeste de Catamarca. Ya más grande va a vivir a la capital de la provincia. Pero nunca dejó de añorar su terruño, el único lugar, como él más tarde afirmaría, que no lo hacía sentir “como un león de jardín zoológico” (Calás de Clark 1999: 112). Esta expresión es emblemática de una naturaleza libre y temeraria. En efecto, a modo de presentación de su ideología podemos decir que Luis Franco fue un arduo defensor de su libertad y de la libertad en sí misma como valor máximo. Para alguien que no abdicó ante ideales impuestos, su condición primera, como punto de partida, fue la de una perfecta igualdad entre las personas. Es así que lucha por su propia libertad, de ahí que aceptara muy pocos premios para no sentirse

obligado ni condicionado. Pero también lucha por la libertad e igualdad de sus pares, ya sean hombres o mujeres, oprimidos por algún aspecto del sistema. Y esta lucha adquiere dos matices singulares. Una es la lucha cívica y pública, principalmente en su Belén natal, por igualdad de trato a todos los vecinos lo que le costara la cárcel en dos oportunidades. La otra es la lucha desde el poder de la palabra, su escritura. Consecuentemente se observa en su producción la necesidad de abolir cualquier tipo de servidumbre o esclavitud. A Franco le inquieta el hecho que el hombre esté coartado por el sistema. Este lo transforma en cosa "... y lo convierte en esclavo de las cosas" (Mandolfo en Calás de Clark 1999: 115). Su deseo, siempre manifiesto en sus escritos, es salvar la individualidad y posibilitar el ascenso hacia la libertad integral. Y es en la escritura, también, donde se hace evidente su profunda disconformidad con respecto a la construcción social de lo femenino. Muere en 1988 en Buenos Aires, enfermo y pobre.

Para comprender la magnitud de la imagen femenina que Franco construye es menester dar algunas pautas sobre la idiosincrasia catamarqueña de principios de siglo y principalmente la del oeste catamarqueño. Esta es una sociedad patriarcal y de fuerte arraigo religioso. De esta forma se construye un contexto socio-cultural constreñido percibido a través de una estructura familiar de patrones conservadores. Al ser patriarcal, este tipo de sociedad otorga a las mujeres un lugar estereotipado que condiciona las actividades socio ocupacionales de las mismas. En Belén las actividades giran en torno a las tareas rurales y artesanales y las mujeres colaboran con actividades complementarias orientadas sobre todo hacia el hogar y los oficios. En su etapa de adoctrinamiento, las niñas aprenden a temprana edad a cortar, coser y tejer. Vemos como la sociedad imparte de esta manera roles para la mujer madura, tales como tejedoras, hilanderas, artesanas así como también esposas y madres. La mayoría de las mujeres no cuentan con recursos materiales, poder ni oportunidades para realizarse fuera de las profesiones ya concebidas como aceptables para su género. Se observa lo que en términos de la teoría de Bourdieu (1990) se denomina la complicidad del habitus con el campus. Las niñas al no poder apropiarse de otro capital que no sea sus dotes artesanales e industriales –el habitus = sus habilidades– y el medio no ofrecer más oportunidades –campus– a excepción de las ya pautadas de generación en generación, parecería que no existiesen otras opciones. Consecuentemente podemos decir que las mujeres en Belén se ven limitadas y disminuidas desde la infancia hasta su madurez de manera que sólo pueden adoptar roles adultos propios de su condición los cuales merman su humanidad y las convierten en seres dependientes, creados a partir de los constreñimientos y requerimientos de los roles específicos de su género. De allí que las visiones de mundo se construyen en base a trabajos de representación que imponen una posición en el espacio social. Este posicionamiento dota de identidad social. La percepción del mundo social es el resultado de una doble estructuración social. Por un lado esta es objetiva ya que está socialmente estructurada debido a que las propiedades relacionadas con los agentes o con las instituciones no se ofrecen a la percepción de

manera independiente sino en combinaciones con las disposiciones e intereses predeterminados. Y por otro lado es subjetiva ya que está estructurada por esquemas de percepción y de apreciación que son puestos en marcha en un momento dado y están depositados en el lenguaje. Estos esquemas son a su vez producto de luchas simbólicas en pos de un posicionamiento dentro del campo. Estas luchas tienen carácter transformador y el estado de las mismas expresa el estado de las relaciones de fuerzas simbólicas (Bourdieu, Pierre 1984: 288). Desde aquí podemos decir que las imágenes de mujer impuestas desde la estructura –en Belén a comienzos de siglo– son el resultado de esta doble estructuración de la percepción de ese mundo social en el cual están insertas. Esta percepción implica un acto de construcción. Dicho acto está condicionado por variaciones de orden temporal que afectan su significación por lo tanto sufren transformaciones. Este aspecto se destaca como positivo debido a que se podría visualizar una cierta dinámica de las implicancias de las representaciones institucionalizadas. En tal caso, las imágenes de mujer y los mitos que entorno a ellas se generan podrían estar afectados por procesos de resignificación los cuales dependerían del posicionamiento en cuanto a poder simbólico de los roles femeninos. Debido a este carácter de indeterminación y evanescencia existe la posibilidad de que la significación de las representaciones tradicionales sufran transformaciones. Es este juego de incertidumbre el que fundamenta a la pluralidad de visiones de mundo, pluralidad a favor de la cual Luis Franco se postula.

Además, dentro de la estructuración del mundo social, hay que tener en cuenta que Catamarca es una sociedad donde la Iglesia controla y regulariza las instituciones sociales. Esta concibe al matrimonio como la institución social por excelencia. Desde esta postura la Iglesia se encarga de reforzar el mito de la mujer esposa y madre como única alternativa para preservar el equilibrio social. Si bien la Iglesia durante el medioevo había definido a la mujer como maldita e inferior, su posición cambia cuando Harvey, en 1665, establece que las mujeres son necesarias en la reproducción. El sexo femenino se revaloriza y comienza un largo proceso histórico de veneración de la maternidad. De esta forma, la Iglesia cambia la veneración de María por su virginidad a su maternidad (Fernández 1994: 76-9). Basada en el modelo sublime de María, la Iglesia delinea una imagen de mujer abnegada, pasiva, humilde, sumisa, sin pretensión de autoridad, una mujer consagrada al matrimonio y al servicio de la procreación. Al vislumbrar a la condición femenina como un bien sagrado, ésta pierde su independencia y privacidad pasando a ser un patrimonio constitutivo de la humanidad y de la Iglesia. La mujer entonces, dentro del matrimonio, está “al servicio de la humanidad, la paz y la extensión del Reino de Dios” (Juan Pablo II). Su postergación social no podrá pesarle porque está consagrada al amor. Vemos como desde lo religioso también la igualdad de oportunidades está limitada por un sistema de creencias que se entretajan con las ya pautadas socialmente.

Luis Franco en su producción de LHH realiza un rastreo y racconto del mito sobre el rol de la mujer que abarca lo biológico, lo fisiológico y lo institucionalizado – la iglesia, la sociedad, la familia, el mundo de los bienes y los distintos intereses del campo social. Es necesario precisar algunos principios básicos que rigen la cosmovisión de Franco para luego presentar su construcción de lo femenino como una construcción de la diferencia. Al plantear muy sintéticamente su cosmovisión nos acercamos a ella desde la concepción de vida filosófica expresada por Foucault (1996: 29) en la cual el ethos está basado en una postura crítica de lo que somos y al mismo tiempo constituye la posibilidad de analizar las limitaciones que se nos imponen y la propensión a transgredir las mismas. De ahí que los principios de Franco se podrían simplificar de la siguiente manera: la incansable actividad de la naturaleza en su obra de creación diaria. El mundo, el cosmos en su totalidad, es una manifestación sagrada. Esta postura evidencia una doctrina panteísta en la cual dios y mundo son sinónimos y por lo tanto el hombre está relacionado en cuerpo y espíritu con toda la creación.

Con esta concepción como marco, que también sustenta que el cuerpo y alma son indivisibles, Franco parte de una perspectiva fisiológica, casi visceral, que esboza en un comienzo a una hembra humana como similar y diferente a sus pares en otras especies, a la vez que plantea su construcción de lo femenino como una construcción de la diferencia. Comienza de una manera muy “primitiva” y “primordial” en el sentido de lo original y biológico de la esencia. El recurso que aplica es un racconto analógico de la relación biológica y fisiológica de otras especies y de la humana. Desde esta óptica plasma lo femenino como una característica que sólo atañe a la constitución biológica y por ende fisiológica de la hembra. En un primer momento de su discurso, Franco reivindica lo sexuado de las especies como un mero hecho fisiológico. Y sostiene que la diferencia entre los sexos es biológica ya que está dada por procesos vitales o pulsiones fisiológicamente diferenciados. Por ende sostiene que,

“Cada sexo es superior al otro. Cada sexo posee hormonas de los dos sexos, pero en cantidades diferentes. El estrógeno femenino, es por lo general calmante; la testosterona es estimulante... Esta profunda diferencia inicial podrá cumplir muchas diferencias de estilo vital en el sexo humano: el hombre tiende a la intensidad y a la novedad; la mujer a la hondura y permanencia “ (LHH: 54).

Ya en esta instancia primordial de su prosa, Franco presenta una visión biológica diferenciada de la hembra humana en el cual le atribuye a ésta una preponderancia en el rol del ciclo vital que trasciende su propia unidad biológica, “El reino del sexo tiene a su reina: la hembra. El macho es apenas un gran visir. La hembra con su papel protagónico en el desarrollo del feto, la tragedia del alumbramiento y la pasión de la crianza de la prole” (LHH: 12). Desde esta perspectiva

fisiológica, casi visceral, que esboza en un comienzo a una hembra humana como similar y diferente a sus pares en otras especies, comienza a desplegar y proponer un abanico de roles que por un lado se encuadran en el mito tradicional: mujer madre, mujer romántica y mujer virtuosa dotada de pasividad erótica, y por el otro configuran la postura emancipadora de la mujer superadora de los mitos tradicionales.

En su construcción de lo femenino Franco desteste el anudamiento de mitos. Visibiliza la inferioridad en la que está sumida la mujer a través de reconocer la posición hegemónica del hombre. En efecto, afirma que “En cualquier estadio de la evolución histórica, la mujer es como la hecho la Naturaleza, pero sobre todo, como la ha hecho una sociedad conformada por y para el hombre.” (LHH: 45), hasta tal punto que la pareja no es tal porque “la turbia historia humana [hizo de la mujer] un reflejo de hombre” (LHH: 45). Desde esta posición, critica la ley y la moral masculina creadoras de los “convencionalismos de la sociedad... los yugos milenarios de la opresión social, y desde luego el de las hijas de Eva” (LHH: 50).

Esta imagen que corresponde a una creación social se consolida a través de mitos como los del matrimonio y la familia. Franco también analiza estos mitos. Comparte su visión con lo propuesto por Eco con respecto al valor simbólico de la mujer. Eco (1999: 30) sostiene que existen intercambios en toda cultura, intercambios que se podrían denominar mercancías que pueden ser cuerpos consumibles, por ej. la mujer. Así concebidas las mujeres en una sociedad no sólo aparecen como cuerpos físicos que se utilizan y se consumen por medio de operaciones fisiológicas, o en palabras de Franco “un objeto de placer y una máquina de procreación” (LHH: 140) sino que poseen un valor simbólico dentro del sistema (Eco: 1999: 30), sistema que sostiene la primacía del mito del matrimonio. De esta forma, una mujer esposa posee un estatus que difiere del de otras mujeres, las solteras, viudas, divorciadas. Es este estatus que demanda la sociedad que dispone a la mujer a obtener y mantener un matrimonio o una “prostitución legalizada” (LHH :125). Franco ve en la tan mentada “unión conyugal” a otra forma de tutelaje que reivindica la subordinación. Percibe desde una perspectiva histórica a este vínculo como portador de características medievales que han subsistido de las más deshumanizantes formas. Por ejemplo, en el “código de Amor del S XVIII” se observa como en la unión conyugal se presenta al placer divorciado del amor conyugal, “El exceso consuetudinario del placer veda el nacimiento del amor.” La imagen de la esposa se plasma reiteradas veces en Franco. Y siempre pone en tela de juicio hasta dónde puede ser perfecta y válida una unión donde la carencia de placer y goce de estar y vivir con el otro sólo se reduzca a un vasallaje servil donde el canon ya ha pautado desde posturas corporales hasta las tendencias virtuosas y perfectas de lo femenino. Franco hace visible lo oculto en la dimensión mítica del matrimonio y se contrapone a ella ya que “El matrimonio no implica la menor reciprocidad. La mujer vende su virginidad real o presunta para ascender a la categoría de reina del hogar... es decir, la esclava del marido.” (LHH: 260) como lo establece la sociedad. Visto desde otra perspectiva, la feminista liberal,

se puede enunciar que en este vínculo se encuentran dos tipos de matrimonios instituidos socialmente, el matrimonio del hombre quien debe adherir a las “normas de autoridad, independencia, derecho al servicio doméstico, emocional y sexual” (Ritzer 1991: 374) y el matrimonio de la mujer quien debe confirmar el mito cultural de realización personal a través de su relación conyugal mientras adhiere a las reglas del juego tales como: ausencia de poder, dependencia y obligatoriedad de brindar contención sexual, emocional y doméstica a su cónyuge.

Con respecto al mito de la familia, Franco observa los posibles cambios acontecidos dentro de la misma. Así considera que, en la historia de la evolución humana, en los estadios inferior y medio de la barbarie, hubo un primer momento cuando el clan pudo asentarse por períodos más largos en un lugar, brotó la genialidad de la mujer que dio lugar a uno de los grandes nacimientos: la agricultura. Más aun, mientras el hombre cazaba, la mujer echaba las bases del “hogar” haciendo “inventos decisivos de la cultura humana: la alfarería, la hilanza y la molienda.” (LHH: 115) Este fue un momento de matriarcado con la economía en las manos de las mujeres, situación que tal vez cambió con el desarrollo de la actividad pastoril a manos de los hombres y cuando se reemplazó la siembra con estaca por la de arados a tracción a sangre por lo que

“el hombre cobró una creciente hegemonía económica, y por ende social – hasta trocarse en tiranía– sobre la mujer.

Junto con los ganados y los implementos y bienes agrícolas la mujer pasó a ser propiedad del hombre. Esta fue la primera forma de servidumbre social conocida en la historia; después vinieron los esclavos y los siervos. Fue la llamada familia patriarcal (famulus quiere decir esclavo domesticado) “ (115-6).

La familia se constituye por “tierra de pastoreo y cultivo, ganados, siervos, mujeres” que eran posesión del hombre. (LHH: 116) La mujer queda relegada al hogar por milenios desarrollando las mismas tareas como ocurrirá en Belén a comienzos del siglo XX. Es así que se instituye el mundo público para el hombre y el lenguaje, poder y dinero se constituyen en atributos masculinos, mientras que lo femenino se desarrolla en el mundo privado sentimentalizado, definido como un mundo de retaguardia, marginal y subalterno, privado de las características de productividad, poder organizacional y potencialidad cognitiva (Fernández 1994: 154). Toda esta situación lleva a la mujer a la carencia de autonomía hasta el punto tal que “Casada es una sierva; soltera un parásito, sin dejar de ser una sierva de la familia y de la sociedad” (LHH: 259).

Así configurada, la imagen femenina es una creación social la cual se arma a través del entrecruzamiento de diferentes mitos –matrimonio, familia– los cuales a su vez son sustentados desde el discurso religioso. Franco, si bien fue criado en un contexto de fuerte tradición religiosa cristiana, no deja de hacer visible el estrecho

anudamiento existente entre el poder hegemónico del hombre y la Iglesia. Para él “La convicción masculina de la inferioridad femenina es una superstición vieja y sacra, y por ende invulnerable” (LHH: 53), enunciado en el cual confluyen siglos de historia sostenidos por la Iglesia. En consecuencia, la mujer en la concepción mítica es más real que cada una de las mujeres. Esto impide registrar la singularidad de lo femenino. En efecto, ni aun en el espejo las mujeres pueden verse como son realmente debido a que su verdadera imagen ha sido desplazada por la imagen mítica creada por los diferentes discursos sociales. Franco a mediados de siglo XX es capaz de distinguir esta dimensión mítica en los discursos y visibilizar su realidad, “La religión, la moral y la política tienen barba. Significamos que la valuación de la mujer es puramente masculina, y lo peor es que la mujer por obsecuencia servil sigue compartiéndola” (LHH, 221-2). La situación de inferioridad de la mujer ya enunciada principalmente en el Apocalipsis que es lo máximo del misoginismo (LHH: 87), está consolidada por San Pablo cuando declara acéfala a la mujer (‘el varón es la cabeza de la mujer’) y establece el matrimonio cristiano como un sacramento (LHH: 88). Según Franco, la Iglesia se yergue en uno de los pilares de la moral tradicional que es tan solo un conjunto de mentiras que propicia la reclusión de la mujer en la casa con una “misión sagrada la fajina reproductora” (LHH: 141), bíblicamente estipulada en Creced y multiplicaos. Y es a la vez culpada de aquella vileza causante de la caída del hombre, “La Eva bíblica produjo el gran chapuzón del género humano en el pecado... la Eva cristiana fue el sendero tapizado de corolas que desemboca en el infierno” (LHH: 222). Así el hombre somete y convence a la mujer de su culpa e inferioridad y la entrega a “la tutela momificante del sacerdote” (LHH: 56) para consolidar desde lo religioso a la mujer no sólo como inferior y por ende una posesión de su esposo sino que también debe ser redimida y de allí la necesidad de la guía del sacerdote. Si bien con respecto a la religión, Franco, parcialmente se acerca a Nietzsche al coincidir con éste sobre lo vacío en tratar de suprimir el deseo, “...entre la historia natural y la historia sagrada de un pueblo hay la distancia que va del oasis al espejismo del arenal insolado” (LHH: 89), sin embargo Franco no comparte la postura extrema de Nietzsche que subvierte los valores cristianos. Franco por su parte respeta las creencias de la fe. Lo valorable de su obra y filosofía propuesta en LHH es que a pesar del dogma que lo vio nacer es capaz de liberarse, redimirse y coexistir con el dogma. En cómo logra esa armonía se encuentra toda la belleza y riqueza filosófica y estética de su prosa. Sólo adoptando una postura estética es que Franco puede oponerse a la concepción ética institucionalizada.

Si retomamos la pregunta “¿Qué es lo femenino?” , Franco lo construye a partir de la igualdad en la diferencia. Considera que a medida que exista un proceso de consolidación de una auténtica imagen femenina basada en la diferencia, las representaciones sociales tradicionales sobre la imagen de la mujer variarán en el tiempo erigiéndose así una nueva imagen de mujer desde la pluralidad y la diferencia. Pero Franco opina que, la única forma para que esta situación se de, será cuando los

códigos morales y legales sean dictados por hombres que permitan la participación activa y real de mujeres de conciencia liberada (LHH: 266). Y deben ser necesariamente mujeres de conciencia liberada, como sostiene Franco, ya que dentro de este sistema de poder creado por el hombre, que es quien instaure las pautas sociales, y apoyado por el discurso religioso, la mujer, a través de la educación, recibe un constante adoctrinamiento. La paradoja se centra en que ella misma es la transmisora de este sistema ya que “la madre, ..., nutrida con pura médula del pasado, suele ser el mosquito transmisor de la fiebre de los pantanos: las supersticiones mentales y morales, empezando por la llamada religión o herencia tribal” (LHH: 264). Y es que como establece Fernández (1994: 112-3) al referirse sobre la construcción de la subjetividad

En una sociedad donde la diferencia se jerarquiza, la palabra tiene poder. Las apropiaciones de sentido, los violentamientos simbólicos son tan cotidianos que pasan desapercibidos. Es la cháchara de la mujer que se subordina a la palabra con razón –no siempre razonable– del hombre que trasunta su poder.

De esta forma, es a través del poder de la palabra transmitida por los más diversos discursos que Franco observa que “El peor enemigo de su liberación y el mejor aliado de sus tiranos (el marido, el cura, la clase explotadora) sigue siendo la mujer, sobre todo en su carácter de madre” (LHH: 147). Por lo tanto, sólo a partir de reconocer y aceptar la pluralidad de visiones de mundo, tanto las del hombre como las de la mujer, podrá existir la transformación social de la cual surja una nueva representación de lo femenino. De lo contrario la mujer nunca podrá ser ella misma sino “el ideal de porcelana que él [marido] se ha forjado de ella” (LHH: 149). Tendrá que anular su personalidad femenina acorde con la varonil aun cuando su propia capacidad intelectual y espiritual supere a la de su esposo (LHH: 148).

Franco, en la década del 60, ya coincide con los Estudios de Género que en la actualidad bregan por

una construcción de sentido para ambos sexos que proporcionará nuevas perspectivas a viejos problemas, los redefinirá en términos nuevos y hará visible a las mujeres no sólo por ser mujeres sino también por ser sujetos con historia dentro de una historia más amplia y total que contiene y comprende a la experiencia humana (Fernández 1993: 50).

En efecto, su postura trasciende la de hacer visible lo invisible. Propone una verdadera transformación cultural mediante la aceptación de las singularidades y pluralidades (Fernández 1993: 54) y en esta transformación no repetir una imagen en espejo de las versiones dominantes sino encontrar una expresión diferente de la experiencia femenina (Fernández 1993:79). De tal forma sostiene que

No a través del marido, del amante, del hijo o del cura puede justificarse ontológicamente la mujer, expresar su femenina plenitud humana, sino, centralmente, a través de sí misma. ...La mujer hará algo más que recuperar su remota dignidad matriarcal: caminará llevando del brazo a su compañero, por el sendero de la liberación verdadera. (LHH: 151)

Construye una imagen de mujer cuyo fin último es luchar por sus derechos, tal como lo hace el hombre, desde su posición de ser humano, pero no en búsqueda de una mera igualdad con el hombre, sino a partir de sus propias diferencias y así asumir “la personalidad que le corresponde: la femenina” (LHH: 225). Es más, en este proceso de emancipación sólo caería en un engaño, en otra clase de servilismo si “siente como un triunfo y un honor parecerse al hombre (LHH: 297). Muy por el contrario “Ya es hora que ella exprese, a través de su idiosincrasia sexual, la humanidad que lleva en sí, que ella asuma la plena personalidad femenina, esa belleza que aun no ha conocido el mundo” (LHH: 297). En este proceso, salvaguardar la femineidad es fundamental y primordial (LHH: 37). En síntesis Franco propone que la imagen de mujer se construya a partir de su diferencia, de su inconfundible “odor di femina” (LHH: 16).

Franco trasciende el marco de lo pautado y del consenso tradicional. En su deseo de establecer “Qué es lo femenino?”, Franco desestabiliza la “Episteme de la Mismo” (Fernández: 1994: 44). Desde su discurso literario desteste el anudamiento de mitos sociales. Tal es así que su valía está en que desde su condición hegemónica de hombre criado en un lugar de fuertes tradiciones, muy aislado de centros cosmopolitas, en una sociedad de gran violencia simbólica, sin embargo subvierte el soporte narrativo en contra del soporte lógico y deja al descubierto los entrecruzamientos que mantienen a la mujer en una posición de inferioridad y vasallaje. A través de su enunciado visibiliza aquellos aspectos los cuales al estar ausentes en el discurso hegemónico son denegados o invisibilizados y por lo tanto inexistentes (Fernández 1994: 21). Dicha postura permite concebir a nuestro poeta y escritor como libertador y profeta en su propio tiempo. Ardua misión para quien tuvo que pasar por la experiencia de libertarse primero y asumir los avances de su tiempo más allá de su contexto social para luego avizorar el porvenir. Es sólo asumiéndose a sí mismo, eximiéndose y renunciando al compromiso con el canon que Luis Franco puede concretar su crítica y liberar su voz como poeta y escritor. Liberarse de toda atadura y emanciparse de las creencias que paralizan “los fantasmas invisibles” como él solía llamarlas para luego sí poder ayudar a la “humanización definitiva del hombre”. Desde su punto de vista , esto claramente se logra si se supera la etapa de esclavitud y reverencia impuesta desde lo invisible de las creencias.

Bibliografía:

- BOURDIEU, Pierre, Cultura y sociedad, México, Siglo XXI, 1990.
- CALAS DE CLARK, María Rosa (Directora), Historia de las letras en Catamarca, Vol III, Catamarca, Ediciones Color S. A., 1999.
- ECO, Umberto, La estructura ausente, Barcelona, Lumen, 1999.
- FRANCO, Luis, La hembra humana, Edición del autor, 1963.
- FERNANDEZ, Ana María (Compiladora) Las mujeres en la imaginación colectiva, Buenos Aires, Paidós, 1993.
- -----, La mujer de la ilusión, Buenos Aires, Paidós, 1994.
- FOUCAULT, Michel, Hermenéutica del sujeto, La Plata, Altamira, 1996.
- JUAN PABLO II, Carta del Papa Juan Pablo II a las mujeres, Vaticano, 1995.
- RITZER, George, Teoría sociológica contemporánea, McGraw Hill, 1991.